

EL APERITIVO

*(Cocina. Al menos debe haber una cocina, un cubo de basura, un armarito, un teléfono colgado de la pared, y una mesa donde **JOSEFINA** está pelando patatas).*

FUENCISLA- *(Entra con paso inseguro, y se agarra a la mesa).* ¿Qué vamos a comer?

JOSEFINA- Patatas con el bacalao que quedó de ayer.

FUENCISLA- A mí no me gusta el bacalao.

JOSEFINA- Pues es lo que hay. ¿O es que tienes ganas de discutir?

FUENCISLA- A lo mejor. Es que me aburro sin poder leer.

JOSEFINA- Yo no me puedo permitir el lujo de aburrirme. Tengo muchas cosas que hacer. Las mías y las tuyas. Anda, ayúdame a pelar las patatas, que para eso no necesitas ver.

FUENCISLA- Para todo se necesita ver. *(Se coge la muñeca de la mano derecha con cara de dolor).* Además, me duele mucho la muñeca. Desde que me rompí la mano, cada vez que va a llover es como si me la taladraran.

JOSEFINA- *(Sorprendida).* ¿Qué mano te rompiste tú?

FUENCISLA- *(Más sorprendida aún).* ¡Anda! La izquierda. ¿Es que no te acuerdas?

JOSEFINA- ¡Pero Fuencisla...! ¡Fui yo quien se la rompió!

FUENCISLA- ¡Vamos, Josefina! ¿Ya estamos otra vez con lo mismo?

JOSEFINA- *(Resignada).* Vale. Si tú lo dices...

FUENCISLA- *(Enfadada).* ¿Cómo que si yo lo digo? *(Extiende la mano para enseñársela a **JOSEFINA**).* Aquí tengo las señales de los tres clavos que tuvieron que

meterme... (*Señala tres puntos a ciegas en la muñeca*). Por aquí debe de haber uno, y los otros dos, un poco más abajo... ¿Los ves?

JOSEFINA- (*Sigue pelando patatas*). Yo no veo nada.

FUENCISLA- Pero ¿estás mirando?

JOSEFINA- Estoy haciendo la comida. No tengo tiempo para... (*En voz más baja*). Para chochees.

FUENCISLA- (*Indignada*). ¿Cómo dices?

JOSEFINA- Que fui yo la que me rompí la muñeca. Que se te está yendo la olla, como diría mi nieto.

FUENCISLA- ¡Vamos, Jose! Yo no los puedo ver, pero cualquiera al que se los enseñe, me dará la razón. ¡Tengo aquí los tres clavos!

JOSEFINA- (*Burlona*). ¡Los tres clavos de Cristo, sí! Como decía mamá: “¡Por los clavos de Cristo!”

FUENCISLA- Sí, ¡pobre! Aunque los de Cristo no eran tres, sino cuatro. Dos en las manos y otros dos... (*Se interrumpe*).

JOSEFINA- (*Triunfante*). ¿Qué ibas a decir, que le crucificaron despatarrado? ¿Ves cómo no razonas bien?

FUENCISLA- Ha sido un lapsus. Pero lo de mi muñeca... Me la rompí hace más de treinta años, cuando fui a Granada con Manuel. Me caí al bajar de la Alhambra...

JOSEFINA- Me la rompí yo. Además, ¿quién es ese Manuel con quien dices que fuiste a Granada?

FUENCISLA- ¿Quién va a ser? ¡Me estás asustando, Josefina! ¿De verdad no te acuerdas?

JOSEFINA- (*Tira las cáscaras de las patatas a la basura*). Yo, no.

FUENCISLA- Mi marido. (*Con énfasis*). Mi queridísimo marido.

JOSEFINA- (*Consternada*). ¡Pero Fuen! ¡Si tú nunca te has casado!

FUENCISLA- ¿Cómo que no? ¿Lo dices en serio, Jose?

JOSEFINA- ¡Y tan en serio! (*Suspirando*). Alcázame un puchero, anda. Porque el armario sí lo verás, ¿verdad? Y los pucheros.

FUENCISLA- Hace siglos que no usamos pucheros. Lo que hay ahora son cacerolas y para de contar.

JOSEFINA- ¡Ya estamos con la dichosa gramática! (*Enfadada, aparta a FUENCISLA, abre el armario y saca una cacerola*). A esto le llamo yo puchero.

FUENCISLA- Como si le llamas don Juan Tenorio. No lo es y no hay más que hablar.

(*JOSEFINA, de mal humor, echa agua en la cacerola y la pone a la lumbre*).

FUENCISLA- Oye, Jose, si lo de Manuel lo dices para chincharme, te pido por favor que no vuelvas a hacerlo. Me duele mucho. Que niegues que ha existido es como si se muriera otra vez.

JOSEFINA- Tienes que enfrentarte a la realidad de una vez, Fuencisla. (*Empieza a partir las patatas*).

FUENCISLA- (*Indignada*). ¿A qué realidad? ¿A la que tú te inventas?

JOSEFINA- Eres tú la que te la inventas. No has llegado a casarte porque te has pasado la vida viajando, y nunca has querido ninguna responsabilidad.

FUENCISLA- Si he viajado es porque, a los dos años de casarnos, destinaron a Manuel a Brasil. Pero ya no nos movimos de allí hasta que él... (*Se le quiebra la voz*). Hasta que él murió, y me volví para acá...

JOSEFINA- (*Burlona*). Eso es. Murió sin dejar huella, como había vivido. Sin que nadie le viera.

FUENCISLA- (*Indignada*). ¡Le visteis todos!

JOSEFINA- ¿Ah, sí? ¿Y cuándo fue eso?

FUENCISLA- ¿Cómo que cuándo? Mientras éramos novios, y en la boda, y hasta que nos marchamos. Papá y mamá le apreciaban muchísimo. Y también se llevaba muy bien con tu marido...

JOSEFINA- Estás nombrando a gente que ya ha muerto y no te puede quitar la razón.

FUENCISLA- (*Con pesar*). Eso sí es verdad, porque, si vivieran, me darían la razón a mí...

JOSEFINA- (*Incrédula*). ¡Pero Fuen! ¿Y no ha quedado rastro de él? Si ese hombre hubiera existido, tendría que haber dejado algo tras de sí. Para empezar, ¿dónde están tus hijos y tus nietos?

FUENCISLA- Sabes de sobra que no tuvimos hijos, pero por eso mismo nos queríamos el uno al otro más que a nada en este mundo. Desde que él me falta, yo...

JOSEFINA- (*Partiendo patatas*). Desde que él te falta, no estás bien de la cabeza.

FUENCISLA- (*Triunfante*). ¡Luego reconoces que existió!

JOSEFINA- ¿Cómo voy a reconocer semejante tontería?

FUENCISLA- Acabas de decirlo.

JOSEFINA- ¿Qué he dicho? He repetido lo que has dicho tú: “¡Desde que él te falta!” Y luego he añadido que no estás bien de la cabeza.

FUENCISLA- No ha sido así. Has dicho...

JOSEFINA- Bueno, bueno. No empieces ahora con tus gramáticas, que hay mucho que hacer, y todo se me carga a mí. (*Echa las patatas a la cacerola y la tapa*). Como, según tú, no ves tres en un burro...

FUENCISLA- (*Desafiante*). ¿Qué pasa, que también me he inventado lo de mis cataratas? ¡Estás chiflada!

(*Tantea la mesa para orientarse, se da la vuelta y sale*).

JOSEFINA- (*Murmurando*). ¡Tú sí que estás como una cabra! (*Descuelga el teléfono y marca un número*). Hola, Mabel, hija. ¿Me has llamado tú?... ¿Ah no? Es que ha sonado el teléfono y no me ha dado tiempo a cogerlo y he pensado... Ya, nena, pero no podía verlo porque no tengo las gafas a mano, y si me necesitabas para algo urgente... (*Enfadada*). No te pongas así, que yo también estoy muy ocupada. Además, no tiene nada de particular que una madre hable con su hija de vez en cuando... (*Indignada*). ¿Cómo que tres veces en media mañana? Han sido dos y yo creo que la primera me has llamado tú... Bueno, como quieras. No tengo ganas de discutir. ¡Bastante me peleo ya con tu tía...! (*Con voz llorosa*). Porque para eso es para lo que he quedado: para hartarme de trabajar y recibir sofiones de todo el mundo... (*Escucha unos segundos. Con dignidad*). No, nada. No me ha pasado nada. (*Irónica*). ¿No me notas lo contenta que estoy? Pues tú a lo tuyo, hija, que al fin y al cabo una madre es un trapo viejo que se tira cuando ya no hace falta... ¿Que por qué estoy así? Porque tu tía me está amargando la vida. Se pone a hablar conmigo del pasado, y todo lo trastoca. Cuenta cosas que me han ocurrido a mí como si le hubieran ocurrido a ella... Hasta se inventa personas que nunca han existido. No sé si está perdiendo la cabeza o me quiere volver loca a mí. Yo creo que más bien esto último, igual que en la película aquella... No me acuerdo ahora del título... El caso es que le estoy cogiendo miedo, a ver si un día me va a hacer algo... Pues... Cualquier barbaridad... ¿Tú no ves los crímenes que salen por la televisión? (*Pausa en la que escucha. Irritada*). ¡Claro! A ti te parece una exageración porque delante de vosotros disimula, pero yo sé muy bien lo que me digo, y en cuanto nos quedamos las dos a solas... (*Enfadada*). ¡Bueno, Mabel, pues lo sabrás tú mejor que yo...! Te aseguro que estoy asustada, que no me llega la camisa al cuerpo... (*Se oye el golpe exterior. En un susurro*). Te dejo, nena, que ya está aquí. ¡A ver qué ha roto ahora! (*Cuelga. En voz alta*). ¿Qué pasa, Fuencisla? (*Se acerca a la puerta*).

(*Entra FUENCISLA, frotándose el muslo*).

FUENCISLA- (*Enfadada*). Que me he dado un golpe con el maldito velador. ¡Yo no sé qué hace esa mesa en medio del pasillo!

JOSEFINA- Es que antes tenía un jarrón encima, y era un conjunto muy bonito, pero como te lo cargaste de otro empujón...

FUENCISLA- ¡Lógico! ¿A quién se le ocurre ir sembrando la casa de obstáculos justo cuando yo he perdido la vista?

JOSEFINA- No son obstáculos. Son adornos. Por ti viviríamos como en un cuartel.

FUENCISLA- Bueno, déjalo. Vengo a preguntarte por una cosa mucho más importante. ¿Dónde está el álbum con las fotos de mi boda que tenía en el cajón de abajo de mi mesilla? Lo he buscado por toda la habitación y no lo encuentro.

JOSEFINA- (*Se lleva las manos a la cabeza*). Pero ¿otra vez volvemos a las andadas con la dichosa boda y el dichoso marido?

FUENCISLA- Precisamente quería plantarte las fotos delante de las narices para que te convencieras de una vez. ¿Dónde lo has metido?

JOSEFINA- Yo no he tocado nada. No entro en tu cuarto más que para limpiar un poco y que no nos coma la mugre.

FUENCISLA- (*Agarra a JOSEFINA violentamente por los hombros*). ¡No me mientas! ¿Qué has hecho con ellas?

JOSEFINA- (*Quejosa*). ¡Déjame, Fuencisla, que me haces daño! (*Se suelta*). Yo no sé dónde pones tú las cosas...

FUENCISLA- (*Desolada*). Las has tirado, ¿verdad? Las has tirado para que no tenga nada a lo que agarrarme. Para dejarme sin ninguna prueba de mi pasado y que yo misma llegue a dudar si Manuel existió de verdad.

JOSEFINA- Pero ¿qué estás diciendo? ¿Cómo puedes pensar eso de mí?

FUENCISLA- Porque es lo que haces. También tiraste mis cajas de cartas y postales que guardaba de toda la vida...

JOSEFINA- Se habían mojado cuando se inundó el sótano, y olían a moho...

FUENCISLA- No es verdad. Me pasé una mañana entera extendiéndolas por el suelo para que se secaran, y al día siguiente habían desaparecido.

JOSEFINA- Apeataban, Fuen. Y con el agua se había borrado la tinta, así que no ibas a poder leerlas más.

FUENCISLA- Algunas sí que se leían. Además, yo las quería conservar.

JOSEFINA- Tú quieres conservarlo todo. Si no fuera por mí, esta casa sería un nido de monas. (*Levanta la tapa de la cacerola, revuelve el interior y la vuelve a tapar*).

FUENCISLA- (*Suspira*). Estás cortando amarras para dejarme sin memoria, como un barco a la deriva...

JOSEFINA- ¡Pues sí que tienes confianza en ti misma, si lo que yo hago o digo te influye de ese modo!

FUENCISLA- De todas formas, no vas a conseguirlo. Tengo una copia de las fotos en casa de Charo. Las llevé allí por si acaso cuando vi lo que habías hecho con mis cartas...

JOSEFINA- Entonces no hay más que hablar. Se las pides y ya está. (*Burlona*). Y luego me las enseñas, para que conozca por fin a ese tal Manuel, aunque sea en retrato.

FUENCISLA- En cuanto Charo vuelva. Se ha ido de veraneo con sus hijos.

JOSEFINA- ¡Qué casualidad!

FUENCISLA- De casualidad, nada. Como todos los años. (*Mira a JOSEFINA*). ¿Por qué eres tan mala conmigo? ¡Me odias!

JOSEFINA- No te odio, Fuencisla. Al contrario...

FUENCISLA- ¡Siempre me has tenido envidia!

JOSEFINA- (*Soliviantada*). ¿Envidia yo a ti? ¿Por qué te iba a envidiar, si se puede saber?

FUENCISLA- Me tenías envidia desde que éramos pequeñas porque yo era más guapa, porque papá me prefería a mí, porque estudié una carrera mientras tú perseguías al ingenuo de Jonás para arrastrarlo hasta el altar...

JOSEFINA- (*Indignada*). ¡Mentirosa! ¡Ni tú has sido más guapa, ni papá te quería más que a mí! Y lo de la carrera ¿para qué te ha servido? ¡Para pasarte la vida trabajando y acabar sola como un perro! ¡Y medio ciega de tanto leer! En cambio, yo tengo a mi hija y a mi nieto...

FUENCISLA- Yo me tengo a mí misma. Y el recuerdo de mi marido...

JOSEFINA- (*Burlona*). ¡Y mucha imaginación, eso también!

FUENCISLA- (*Resentida*). Lo que no te perdono es que me hayas dejado sin el álbum. Fue Manuel el que lo compró y estuvo poniendo la fecha de cada fotografía... (*Suspira con nostalgia. Para sí*). Como era tan meticuloso, el pobre mío... (*Mira a JOSEFINA*). ¿Te acuerdas de cuando se ofreció a instalarle la cocina de gas a mamá, que se estuvo estudiando las instrucciones casi un mes y no podíamos guisar ni tomar nada caliente, y era invierno...?

JOSEFINA- (*Sonriendo*). ¡Como que nos pasamos las navidades a base de ensaladas! (**FUENCISLA** *la escucha, asintiendo, contenta*). Yo no entraba en calor ni pegándome al radiador, y... (*Mira a FUENCISLA y se interrumpe*).

FUENCISLA- (*Con esperanza*). ¿Y...?

JOSEFINA- Y nada, porque el culpable de eso no fue ningún Manuel. Fue un ingeniero amigo de papá, que estaba aquí hospedado, y en agradecimiento quiso montar la cocina...

FUENCISLA- (*Sorprendida*). ¡Vamos, Jose! En esta casa nunca se ha hospedado nadie. No teníamos sitio. Era mi marido. Habíamos venido a pasar las fiestas con vosotros y dormía conmigo en mi cuarto de soltera. ¿De verdad no te acuerdas? Porque entonces es para preocuparse...

JOSEFINA- ¡Pero Fuen! Era el ingeniero y dormía con el pobre Julito. Le pusimos una cama turca a su lado. Y estaba aquí porque iba a examinarse de las oposiciones...

FUENCISLA- ¡Claro! Y en vista de eso, en vez de estudiar, perdía el tiempo leyéndose las instrucciones de la dichosa cocina...

JOSEFINA- Lo haría en sus ratos libres. *(A la defensiva)*. ¡Yo qué sé! *(Suspira)*. ¡Hay que ver! ¿Te das cuenta de cómo se han ido yendo todos? El primero, Julito, el que menos podíamos esperarnos, porque era el más joven. Después papá, que se murió de pena... Y yo aquí sola, enterrando a mi padre y a mi hermano, y cuidando de mamá, que ya empezaba a perder la cabeza...

FUENCISLA- No los enterraste sola. Yo vine desde Brasil en cuanto supe lo de Julito. Y volví unos meses después, en cuanto me enteré de que papá había enfermado...

JOSEFINA- Viniste, pero te marchaste en seguida.

FUENCISLA- Hice todo lo que pude. Más de lo que podía, en realidad. Te recuerdo que Manuel también estaba delicado y le dejé allí solo.

JOSEFINA- *(Con chunga)*. ¡Ah, que Manuel estaba delicado, claro!

FUENCISLA- *(La mira como si se la fuera a comer viva. Luego traga saliva)*. Muy delicado, sí. Había tenido una angina de pecho, y desde entonces no se recuperó.

JOSEFINA- *(Incrédula)*. Ya, ya. Ésa fue la excusa que me pusiste para largarte y dejarme a mí con todo.

FUENCISLA- Y tú, ¿qué me dijiste?

JOSEFINA- *(Extrañada)*. Nada. ¿Qué te iba a decir? Te ibas a marchar de todas formas, así que ¿para qué gastar saliva?

FUENCISLA- Podías haberme dicho por ejemplo que Manuel no existía. Igual que haces ahora...

JOSEFINA- *(Mira a FUENCISLA y suelta un bufido)*. ¡Eres insufrible! Ni aceptas la realidad en este momento, ni la aceptabas entonces. ¡Siempre has vivido en un mundo de fantasmas!

(Sale, dando un portazo).

FUENCISLA- *(Coge el teléfono y, acercando mucho los ojos al teclado, marca un número y se pone el auricular al oído).* Buenos días. Quería hablar con Charo, por favor... ¿Eres tú?... Nada, aquí, bregando con mi hermana, como siempre... Te llamo porque quería asegurarme de que tienes guardados los documentos que te di... No, no los necesito: sólo necesito saber que tú los tienes. *(Baja la voz).* Es por Josefina, que me quiere hacer tragar con ruedas de molino... Yo creo que ha perdido la cabeza. O puede que esté intentando convencerme de que soy yo la que estoy loca para encerrarme en algún sitio... Hasta tengo miedo de que me haga algo, y... *(En un susurro).* Y aparecer un día muerta de repente... No es una idea tan descabellada, Charo. Así se quedaría con la casa... Además, mi sobrina, Mabelita, se lleva fatal con su marido. Me lo contó ella misma, porque la madre no me ha dicho nada. Para ella, todo lo relacionado con su hija es siempre perfecto. Pero es muy posible que el matrimonio acabe separándose, y entonces les vendría de perlas tener esta casa para vivir aquí las dos juntas... ¡Que no son imaginaciones, Charo, que sé muy bien lo que me digo! Y eso que la chica me quiere y es muy buena persona, porque ha salido a mi cuñado, pero mi hermana... *(Enfadada).* ¡Bueno, hija, pues lo sabrás tú mejor que yo! Te aseguro que estoy asustada, que no me llega la camisa al cuerpo... *(Se oye un ruido exterior. Alarmada).* Te dejo, Charo, que ya viene... *(En voz más alta).* Adiós, adiós. *(Cuelga).*

(Entra JOSEFINA).

JOSEFINA- *(Ansiosa).* ¿Era Mabel?

FUENCISLA- Era Charo.

JOSEFINA- ¡Ah...! Oye, estoy pensando... ¿Tú no le habrás contado a nadie lo de mamá?

FUENCISLA- ¿Qué de mamá?

JOSEFINA- *(Misteriosa).* Ya sabes...

FUENCISLA- ¡No, mujer! ¿Cómo voy a contar eso?

JOSEFINA- Tampoco a Charo, ¿no?

FUENCISLA- ¡Pues claro que tampoco! ¿Y tú? ¿Se lo has contado a alguien?

JOSEFINA- No, yo no. Pero tú... A lo mejor se te ha escapado...

FUENCISLA- (*Agresiva*). ¿Crees que estoy loca o qué?

JOSEFINA- Lo que digo es que con eso hay que tener muchísimo cuidado. Es un secreto que debe ir a la tumba con cada una de nosotras.

FUENCISLA- No te preocupes, que por mi parte iré a la tumba.

JOSEFINA- Eso espero. Además, tú eres la más interesada...

FUENCISLA- ¿Yo? ¿Por qué?

JOSEFINA- Porque fuiste tú la que... La que culminó la faena, vamos.

FUENCISLA- (*Indignada*). ¡Fuiste tú!

JOSEFINA- (*Indignada a su vez*) ¿Yo? ¡Si ni siquiera podía mirar!

FUENCISLA- Yo no sé si mirabas o no, pero eras tú la que apretaba la almohada.

JOSEFINA- Porque no me atrevía a destaparle la cara, pero ya había dejado de moverse cuando tú te apartaste de ella... Y fuiste tú quien le echó la almohada encima.

FUENCISLA- De eso no me acuerdo. Lo que sé es que me puse muy nerviosa y di un salto atrás, y entonces tú te lanzaste sobre la almohada con todo tu peso y estuviste un buen rato hasta que... Hasta que se murió...

JOSEFINA- ¡Pero Fuencisla! Te la cargaste tú, y todo pasó tan deprisa que no me dio tiempo a reaccionar.

FUENCISLA- ¡Vamos, Josefina! ¡Eso es mentira! Yo habría sido incapaz de acabar con ella. Una cosa es pensarlo, incluso intentarlo, pero a la hora de la verdad, me

entró pánico. Tú, sin embargo, estabas decidida. Si no hubiera sido por ti, mamá seguiría aún viva.

JOSEFINA- (*Soliviantada*). ¿Ahora me sales con ésas? ¡Si la idea fue tuya...!

FUENCISLA- Fue de las dos, porque tú me dijiste que también lo habías pensado...

JOSEFINA- ¡Claro! Como que aquello era un horror...

FUENCISLA- (*Asiente*). Un horror para nosotras y para ella, la primera. Eso no era vida. En el fondo, le hicimos un favor...

JOSEFINA- ¡Imagínate, si no! Ahora llevaríamos más de diez años limpiándole la caca, lavándola, vistiéndola, dándole de comer...

FUENCISLA- ¡Si ya entonces apenas podíamos con ella entre las dos! Era un peso muerto.

JOSEFINA- Y un alma muerta. Ni sentía ni padecía.

FUENCISLA- Eso, tampoco. A veces se ponía muy triste, y otras veces sonreía.

JOSEFINA- Sí, pero a saber por qué. Era como si estuviera en otro mundo. En un mundo muy lejos del nuestro.

FUENCISLA- Como si hubiera una muralla entre ella y nosotras. Una muralla que no podíamos cruzar. Aunque alguna vez nos mandaba chispitas de luz entre los huecos de las piedras. (**JOSEFINA mira a FUENCISLA, sorprendida**). ¿Por qué me miras así?

JOSEFINA- No sé... Con las cosas que dices, a veces me da la impresión de que vas a acabar igual que ella.

FUENCISLA- Yo no. Yo tengo la cabeza muy bien puesta sobre los hombros.

JOSEFINA- Eso es lo que a ti te parece.

FUENCISLA- ¡Tú sí que estás como una cabra!

(*Las dos se miran, una a la otra, hurañas*).

JOSEFINA- (*Levanta la tapa de la cacerola, revuelve el guiso y la vuelve a tapar*). Esto ya casi está... ¿Por fin hablaste ayer con el oftalmólogo para ver cuándo te operan?

FUENCISLA- Con él, no. Hablé con su secretaria y me dijo que aún no había ningún hueco, que ya me avisaría...

JOSEFINA- ¡Pues sí que te dan largas! Llevas un montón de meses en lista de espera. Con otras personas no tardan tanto.

FUENCISLA- Porque tendrán un seguro privado.

JOSEFINA- No, hija, en la misma Seguridad Social. A la madre de la pescadera la operaron en seguida.

FUENCISLA- Dependerá de cómo esté cada uno de mal, y como yo todavía me defiendo...

(*Se hace un silencio*).

JOSEFINA- Sí te defiendes, sí. ¡Hasta puedes leer, aunque tú digas que no...!

FUENCISLA- (*Sorprendida*). ¿Yo?

JOSEFINA- ¡Y tanto! Ayer tenías encima de la cama un libro de poemas de amor. Me extrañó que a tus años perdieras el tiempo en esas cursilerías, aunque lo que me dejó pasmada es que fueras capaz de leerlo, cuando finges que estás medio ciega...

FUENCISLA- (*Furiosa*). ¡No finjo! Son los “Veinte poemas de amor y una canción desesperada” de Neruda, y lo cogí porque lo tengo desde jovencita y aún conserva el olor de entonces...

JOSEFINA- (*Incrédula*). ¡No me vas a decir que te dedicas a olisquear los libros!

FUENCISLA- Pues sí. Me tengo que conformar con eso hasta que me operen.

JOSEFINA- (*Irónica*). Cosa que nunca sabremos cuándo ocurrirá.

FUENCISLA- Yo tengo bastantes más ganas que tú. (*Suspira*). Sinceramente: ¿sabes cómo me siento, Jose? Indefensa, completamente a tu merced.

JOSEFINA- También yo estaría a tu merced, llegado el caso... Es lo más natural. Somos hermanas y vivimos juntas.

FUENCISLA- Sí, pero tú...

JOSEFINA- ¿Yo qué?

FUENCISLA- No sé... Que desconfías de mí, y me espías, y yo tampoco... Yo tampoco me fío de ti. No estoy muy segura de que te funcione la cabeza...

JOSEFINA- ¡Eso es lo que me pasa a mí contigo! Y más después de lo que acabamos de hablar de la pobre mamá...

FUENCISLA- Ya. Eso también cuenta.

JOSEFINA- ¿Qué quieres decir?

FUENCISLA- Que me pregunto si serías capaz de hacer lo mismo conmigo...

JOSEFINA- Es lo mismo que me pregunto yo respecto a ti.

FUENCISLA- ¡Pero si no puedo ni valerme...!

JOSEFINA- Eso es lo que tú dices. Yo ya no sé qué pensar.

FUENCISLA- Ni yo tampoco. Lo que sí que te quiero dejar claro es que no tengo ninguna gana de morirme. Te lo advierto para que no busques excusas, como en el caso de la pobre mamá.

JOSEFINA- A mí me pasa igual. Espero vivir muchos años y disfrutar de mi hija y de mi nieto.

FUENCISLA- Bueno, pues ya que hemos puesto las cartas boca arriba, ¿qué te parece si abrimos la botella de vino que nos regaló Charo? Al fin y al cabo, ya es más de la una, y con unas aceitunitas...

JOSEFINA- Muy bien. Por un día que nos tomemos un aperitivo, no nos va a pasar nada... Por lo menos, a mí no.

FUENCISLA- Ni a mí tampoco me va a sentar mal. Al contrario...

JOSEFINA- Aunque esa botella no es la de Charo. Aquella ya nos la bebimos. Ésta nos la trajo Mabel un día que vinieron a comer, y ni la probamos porque hacía mucho calor y preferimos tomar cerveza...

FUENCISLA- ¡Vamos, Josefina! Es la de Charo.

JOSEFINA- ¡Pero Fuencisla! ¡Te digo que es la de Mabel!

(Cuarto de estar. MABEL marca un número de teléfono, con gesto muy apenado.)

MABEL- Buenos días. ¿Es usted Charo? Mire, Charo, soy Mabel, la sobrina de su amiga Fuencisla...Verá, la llamo porque he encontrado su teléfono entre las cosas de mi tía y sé que ella la apreciaba mucho... *(Suspira hondo)*. Sí, ha muerto, por desgracia... ¡No se ponga usted así, señora! Al fin y al cabo, es lo que ella quería. Ella y mi madre... No llore... Cuando se tranquilice, se lo cuento, y le ruego que guarde usted el secreto, porque no quiero que la gente ande chismorreando... Lo que ha ocurrido es que..., que mi madre y mi tía se han suicidado... Sí, las dos a la vez. Hoy hace quince días. Debieron de planearlo entre ellas, y... *(Lloriquea)*. Y se han ido juntas, como habían vivido. Un horror, sí. ¡Imagínese para mí!... El motivo no se lo puedo decir, porque yo misma no lo sé... No: la policía ha dejado bien claro que no las han asesinado. Estaban solas en la casa y no había ninguna señal de violencia. Se ve que lo tenían todo premeditado: abrieron una botella de vino, y cada una se echó su ración de veneno en su vaso. Cada una un veneno distinto: mi madre, fertilizante para las plantas y mi tía un raticida... Ya sé que suena raro. También a la policía le extrañó, pero ya les expliqué yo que nunca se ponían de acuerdo en nada... Me imagino que estarían discutiendo cuál era el más efectivo, y al final decidieron hacerlo así... Según el forense, fallecieron prácticamente al mismo tiempo... No, señora. No cabe ninguna duda de que las dos muertes han sido voluntarias, porque no han encontrado más huellas que las suyas en la botella y en los vasos...